

Precio: 10 ctvs.

# LA OBRA

PERIODICO DE IDEAS

:: Semanal ::

 Dr. Trullas  
 Dr. Guichardou  
 Amador Guay


## ¡Salud a la Anarquía!

Desde la mina del dolor se alza el grito, el saludo de libertad, la aclamación del Mundo Nuevo. Después de sufrir millones de amos, millones de látigos y cadenas, millones de vejaciones, el hombre tersó sus músculos, concentró su voluntad en su cuerpo flajelado y rodeado de hierros, y en un gran esfuerzo de su pensamiento apareció la fórmula: «sin amos!».

¡Sin amos! Es decir: libres; salidos de la mina del dolor, en que el hombre ha sufrido sobre todo por la autoridad. El pensamiento de libertad fué así diseñando hasta no tener sino una gran fórmula única, que el hombre, al fin iluminado, saluda: el Comunismo, pero no Autoritario, sino Libertario...

¡Salud al Mundo Nuevo, al mundo de los libres! ¡Salud a la Anarquía!».

# Proletario, Mendigo, Ladrón

Abrid el ojo; ved la verdad como medida llena. La tierra es suelo nutricio del hombre, y por haber nacido o habitar sobre ella, el sujeto humano piensa tierra argentina. ¡Sueño! ¡Es el vuestro suelo nutritivo! ¡Es la planta su nutricio! ¡Cada uno debe dudar ninguna. La mayoría sois todavía argentinos en vuestra patria. Pues, de los quitados, levantados como lechón de la teta, o como mariposa de la flor en que se había posado, volada por un ciclón, para dejaros caer luego aquí, en vuestra patria, con la figura modicada, convertidos en una de estas tres cosas: **proletario, mendigo, ladrón.**

¿Por quién podéis ser levantados así, estando como quien dice, en vuestra casa, en vuestra patria? Pues por el derecho de los propietarios a quienes es entregado vuestro campo y vuestra casa; vuestra llanura, vuestro monte y vuestro río; vuestro arado, vuestra semilla y vuestro caballo!

¿Quién lo entrega? Preguntad por quién habéis votado en las elecciones; por quién es juez, autoridad, gobierno. ¡Ellos lo entregan! De modo y manera que tú, que naciste en tierra argentina y estás por ello orgulloso, en adelante no eres, sobre la propia tierra argentina y sobre todas las tierras, más que una de estas tres cosas, de estos tres cocoteros que ruedan y se apartan con el pie: **proletario, mendigo, ladrón.**

Para saber si debes enorgullecerte, levantar aún la cabeza, pregunta, si, pregunta no más, a uno de esos extranjeros dueño de tu monte, de tu pampa, de tu taller o de tu mina, de tu solar, o de tu casa, qué concepto tiene él, qué respeto de un **proletario, un mendigo, un ladrón**, es decir, de ti mismo o de un hombre que está en tu condición! Y ve luego y ojea la prensa de tu patria, e interroga al gobernante de tu patria, aquel que tú has

votado, y comprueba ampliamente si no comparten la misma opinión.

¿Argentino, dices? ¿Tú eres argentino, dices? ¡No! Tú eres **proletario, mendigo, ladrón**. Por estos nombres si te conocieron. Y para estos nombres se tienen el fusil, la ley, la cárcel. Y esto sí, es patriótico; se ejecuta con todos los celos y todos los símbolos del patriotismo. Porque el capital a quien se entregó tu llanura, tu monte y tu río, tu arado, tu caballo y tu semilla, no es extranjero... Sobre tu herida abierta al costado... ¡oh proletario nacional! — esta es la esponja empapada en vinagre que te aplica el gobernante y la prensa de tu patria!

Sois aquí desprendida; golondrina que vuela de aquí para allá, levantando pajas para los haces de otros. Tales haces, cuyas espigas cuelgan como cabezas para abajo, ¿para quién creéis que representan una medida llena y "reñecida"? ¿Para vosotros? ¡No! Vosotros sois hija desprendida; sois el jornalero que trabajó y se fue, como el viento que pasó al pasar una vuelta al molino y del cual no se hizo más memoria después... ¿Dónde están los que edificaron la casa, los que sembraron y cosecharon y levantaron con su sudor la parva? ¡Ah, el anhimo cayó detrás de ellos! La firma está ahí: es del amo. Véis como brilla e ilumina ella. Todos acuden para que les figure o les traspase una parte... ¿Extrañaréis que en vuestra patria sea un hombre importante? ¿Qué alegréis contra su derecho? ¡Ahí está él con sus sacos y sus fardos; rodándole guardias para que si aun un grano, ni la barredura de los granos le sean sustraídos. Es el patriarca, dueño de los sacos!

Y sois vosotros: **el proletario, el mendigo, el ladrón.**

T. Antill.

aquellas gauchas, algo de juramentación, de consigna, de santo y seña. Declan: ¡Salud y R. S.!

Si, si. Salud para resistir prisiones, transitar la tierra esclava, descender a la miseria y subir al sacrificio. ¡Salud y R. S. para llegar al comunismo anarquista. ¡Salud y Revolución Social! quean decir.

Y tiritando en Siberia el mártir, volvió los ojos al sol, a la libertad, al pueblo y dijo: ¡Salud y R. S. Y dando la espalda al viento, aclarado su su destino, el trabajador leyó en la primera página de su periódico: ¡Salud y R. S. Y en el cuclido de fiebre, loco de amor y justicia, el heroe hizo volar un tirano y subió a lo herca o al tajo, gritando: ¡Salud y R. S.!

Y Kropotkin desde Londres, entre las brumas, y Malatesta en Italia, bajo los cielos sonoros y Pedro Gori en la mar, sobre las crestas azules,—los sabios, los fuertes y los poetas, escribían, blasfemando y hacían rimar sus estrofos: ¡Salud y R. S. Y el rebelde en la prisión, el herido desde el lecho y el deportado desde el destierro, a la amiga y al amigo, a la madre y a la novia, sobre la masa de afectos que les envolvían, como sobre un tierno lacre, escribían: ¡Salud y R. S.!

Y hoy que se alza sobre el mundo el sol de la libertad, compañeros proletarios, rano nuncio, como siempre, gritemos: ¡Salud y R. S. Si, si. ¡Salud para resistir el último encuentro con los tiranos; y revolución social para implantar en la tierra nuestro comunismo anárquico! — ¡Salud y R. S.!!

"Los cuatro"

¡Lindo va el fuego, señores!... Europa, al parecer, ha pasado del imperio de la fuerza, al de la astucia. De los tigres a los zorros. De Hindenburg a mister Wilson.

Decimos al parecer, pues los cuatro de París son los eternos cuatro ases de la baraja, cuatro reyes del damero; cuatro despotas. La libertad, el derecho y lo demás que se canta, saldrán de entre sus manos como una cartirulla de abajo de cuatro ruedas, de abajo de cuatro patas. Y Europa misma como una mujer atada a cuatro caballos.

Lindo va el fuego, señores, sino se apaga... Los periodistas reporters — que forman la nueva casta de los cratinos letrados—trojan tras los cuatro, absortos. — ¡Cómo, habla Wilson; cómo gruñe Clemenceau; qué gestos de "clergyman" leudo gasta Lloyd George; qué modos más italianos de pedir Finanzas tiene este Orlando!...

Y mientras tanto, en París se alza Cottin, y en Milán el pueblo le mete bala al ejército, y los soldadotes yanquis se niegan a entrar a Rusia y los obreros ingleses le descalabran a puñetazos las muñecas a los ministros. ¡Lindo... Lindo va el fuego, señores, si no se apaga, devora una vieja friolento... ¡y se le está quemando el rancho!...

Maximalismo, no y no!

No se trata de saber si el sistema del soviet es mejor que la república. Eso puede interesarle a quien crea en la bon-

dad de las formas estatales. ¡Somos anarquistas, sí!... Entonces, la cosa es clara y derecha: ¡Maximalismo, no y no! Ahora si es que somos simples decourentos de lo actual, rabiosos de "aconduarnos" desplazando a los burgueses, también la cuestión resulta limpia y sin vueltas; ¡anarquismo, jamás, nunca! Es un caso de ideas y de conciencia. Hagan su balance interno los proletarios y griten después lo que les parezca. Nuestra posición ya es vieja frente a todas esas cosas nuevas. Contra los sindicalistas, cuando los "gerafondos", cuando los muchos enjuages en que otros intervinieron—los "vicos", los "diablos", los "revolucionarios"... —nosotros quedamos aquí gritando, blasfemando, relinchando: ¡Anarquismo, sí! Esto está en nuestras gargantas y en nuestros nervios. Esta es la causa que amamos, por la que camos presos y rotos cien veces: ¡Anarquismo, sí, carajo!

¡Maximalismo, no y no! Porque no nos interesa el soviet, la democracia, el estado; no! Porque no es a Carlos Marx sino a Miguel Bakounin a quien nosotros queremos; no! Y porque no es economista soviet nuestro ideal: ¡maximalismo, no y no!

R. GONZÁLEZ PACHECO.

## Quando el pueblo quiera

Si existe explotación, miseria y esclavitud es porque el pueblo aún no tuvo el gesto heroico y completo para destruirlo. Ciertamente, mucho ha luchado por su liberación, pero su obra fue incompleta por ignorancia y falta de orientación unas veces, y otras por bondad y candidez. Pero los tiempos presentes han marcado derroteros distintos, abriendo amplios caminos a la emancipación definitiva del pueblo, que todo produce, que sufre y espera.

El pueblo cultiva los campos, abre canales, paimana las calles y levanta las enormes y portentosas ciudades; construye los grandes palacios flotantes que surcan los mares. Y el pueblo trabaja, miamo y resignado hasta el presente, ha fabricado también aquellos grandes arsenales de armamentos que sólo sirven para matarse uno a otros por el capricho vesánico de un déspota malvado y criminal, y sirven también para acallar sus protestas cuando siente hambre y cuando se rebela airadamente con el objeto de imponer normas de libertad y justicia.

Como todo cambia en la vida, ha cambiado también la situación del pueblo, merced al progreso de las ideas, que han transformado la mentalidad y evolucionado las concepciones bárbaras y fratricidas de los lacayos defensores de todos los tiranos.

Las ideas han abierto surcos inmensos en la sociedad humana, despertando ansias redentoras en todas las capas sociales, porque la siembra fué fecunda y los sembradores atrevidos, como paladines indomables, y la cosecha será, sin duda magníficamente prolífica...

Todos los hijos del pueblo que por la ley fatal de la fuerza dominante y ope-

sora están armados hasta los dientes para defender el privilegio, van comprendiendo que deben trocar sus papeles porque el que hoy desempeñan es en su perjuicio exclusivo.

En fin, hoy el pueblo es víctima de sus propios hijos, y fabrica las armas para su propio martirio, produce ingentísimas riquezas para sufrir miseria... pero su sueño toca al fin...

La burguesía misma ha cavado su fosa, porque su orgullo, su vanidad, su lujo y sus vicios al lado de las miserias, despertaron hondos rencores; ha mirado con desprecio a los desheredados, considerándolos como: "un mal necesario", como una peste social, que debía desaparecer

Francisco García.

## Maximalismo, no! Comunismo-anárquico, sí!

La conferencia de Pacheco en el local de Córdoba 3040—Qué hacen los maximalistas de Buenos Aires?.. Charlan, dividen y confusonan!; falsificados!

Había que invitar a estos tremendos maximalistas a que dijeran en publico qué eran en realidad, para que le habian sacado la plata a las sociedades gremiales: si para hacerse marxistas e introducir el divisionismo entre el proletariado revolucionario, o para ir, como gritaban, a una revolución inmediata. El diario en que confusonan sus nuevas tesis anti-anarquistas, no satisface a nada ni a nadie. Es para los sindicalistas, para los socialistas, para los desesperados piojos cuyos caidos que buscan prendirse otra vez al cuero de los obreros, seguir mañana parasteando de comarsos del pueblo, o de jueces para perseguir a los que no nos casemos, o de carceleros para encerrarnos. Había que verles las caras, los gestos, las ideas decumunales que escribian contra nosotros los "pobrecitos cristalizados", "románticos", "locos de atar".

Nos quedamos con las ganas. No hay caso que hablen ni que se les vea. Como buenos socialistas, ellos no discuten ni se preocupan de la critica anarquista. Conían en el gregarismo de la masa popular, como los candidatos. Y no saben que es pa pío, porque si ahora no definen sus ideas, rotundamente, mañana los encaremos como a adversarios de nuestra revolución y tendremos que arrebatarlos las máquinas y la linotipo para sacar con ellas LA OBRA comunista anárquica, en vez del papel marxista que ahora tiran a la calle.

Bueno, bueno... La conferencia de Córdoba 3040, el 19, a la noche, fué la primera entrada que les hicimos. Leváramos los papeles, pues como se trata de gente de mucha ciencia y vastos economismos, queríamos demostrarles que falsifican los números, que aquí no hay más hombres honestos que nosotros; que lo demás ha sido, es y será siempre, cuento en la sociedad humana, despertando ansias redentoras en todas las capas sociales, porque la siembra fué fecunda y los sembradores atrevidos, como paladines indomables, y la cosecha será, sin duda magníficamente prolífica...

Los medios que dan el triunfo en la revolución son inmediatamente arrojados por todos los triunfadores. Los anarquistas debemos de conservarlos. Porque si no; ¿cómo haríamos la apología de ellos?

El RÉGIMEN MAXIMALISTA es definitivo; en él está fijado todo, incluso el sistema electoral completo. Como tal queda abierto a nuestra critica.

La MENTIRA ETERNA es que el pueblo no está todavía maduro para vivir en la

libertad. Esta mentira la proclamaban los minimalistas contra los maximalistas. Estos los desmintieron en parte. Nosotros los desmentiremos completamente.

Lo que es extraño es que existan anarquistas que afirmen a CARLOS MARX contra MIGUEL BAKOUNIN. Con esta gente no se hubiera formado aún el pensamiento ANARQUISTA. Este pensamiento se formó porque hubo hombres que creyeron que el COMUNISMO ANARQUISTA era posible siempre. Y si este pensamiento no se hubiera formado, no hubiera sido posible tampoco la revolución rusa, porque no hubieran existido los medios apropiados a las finalidades de Bakounin, sostenidos por una fuerza grande de hombres.

El comunismo de LENIN sólo responde a su fidelidad marxista. EL MANIFIESTO DE MARX sigue llamándose MANIFIESTO COMUNISTA, pero este comunismo es lo que luego fué llamado por los propios socialistas, colectivismo de estado. La lista de los partidos socialistas convocados por Lenin excluye a los comunistas libertarios.

EL ANARQUISTA tiene una finalidad: quiere que los hombres sean de una determinada manera. Tienen que decirnos, ahora, los maximalistas, como quieren que seamos: de Bakounin o de Marx; autoritarios o legalitarios; camaleones u hombres!

Esta es la tesis desarrollada por Pacheco en una larga hora, la noche del 19. A esto salió a contestar el compañero Elorz, diciendo que los anarquistas soñáramos y que el momento era de revolución. Que él no era maximalista ni comunista ni nada: que era individualista.

Contestó Pacheco repitiendo, con ejemplos de Europa y de aquí, que los anarquistas habían prestado su brazo a todas las revoluciones. Que aquí no hubo más revolucionarios que ellos, que no los habra tampoco.

Habló Pedro López luego y otros más, para afirmar siempre lo mismo: el comunismo anárquico.

Elorz terminó diciendo que si Pacheco hubiera dicho al principio lo que decía al final, se hubiera evitado la controversia (¿?) y que Radovisky era individualista... (1)

Después... violín en bolsa. El maximalismo a tierra; la muchedumbre de dos mil hombres viviendo el comunismo anárquico. El hijo del Pueblo, coreado en sonos de bronce, y adentro, en los corazones y bajo los cráneos, la idea y el designio nuestro de siempre, eterno: La revolución social para la libertad, contra todo estado, contra toda tiranía!

¡A trabajar, muchachos!

Algo se ha hecho, si no todo lo que es debido, durante estos cuatro meses de nuestro receso. Se ha ido con la palabra de un lado a otro; hemos trotoado, ya no podíamos escribir. Hoy que queremos hacer un balance de las conferencias dadas, nos hallamos que son tantas que hemos perdido la cuenta. Apenas si recordamos una en La Plata, otra en San Fernando, otra en Liniers, varias, tres o

cuatro o cinco, por la F. O. R. A.; tal cual más para algunos centros libertarios. Qué hemos de hacer crónica ahora de ellas? Sería fiambre. Miremos para adelante. Un vasto panorama de acción se abre a nuestra actividad: ¡trabajo, trabajo, trabajo! Una clara veta de agua brota en nuestra fe de piedra; ¡juventud, juventud, juventud!

## Carteles

POR  
**R. González Pacheco**

Un tomo de 200 páginas

Precio \$ 1.00

Valores y glos a: A. NEVELSTEIN  
**TERRERO 471**  
BUENOS AIRES

¡Quién dijo miedo?... Nos sentimos más pitorros que hace diez años. ¡A trabajar muchachos!

## El hombre y el mirasol

(Trabaja un hombre rudamente la tierra de su patrón, suda y se afana cultivando lo que no le pertenece, mientras por los aires cruzan los pájaros, libres, despreocupados y alegres.

La vida revienta en maravillosas constelaciones y el sol derrama sus cataratas de luz, torrentes de fuego en donde vibra, salta y culmina la ciencia, el arte y la justicia. Un gallardo mirasol estira su tronco altivo, como deseando llegar a lo infinito.)

Mirasol.—¡Hombre que trabajas, mira a y escucha!

Hombre.—Cuando salgan las estrellas, ahora no me pertenezco.

Mirasol.—Levanta la cabeza hombre, el "amo" no te mira.

Hombre.—Pero calcula... además cumplo la palabra dada.

Mirasol.—Las palabras se las lleva el viento.

Hombre.—No siempre; hay palabras que fijan un destino.

Mirasol.—¿Cuáles?

Hombre.—Las que mis antepasados pronunciaron renunciando a ser los dueños de la tierra en donde nacieron y trabajaban como yo.

Mirasol.—Esa palabra que arrancada por la fuerza se cumplo debido al miedo y a la ignorancia de tus abuelos, es una injusticia. ¡Rebelate!

Hombre.— ¡Imposible!... El hombre por un lado y la ley por el otro...

¿Qué puede hacer un hombre solo?

Mirasol.—Dos cosas que no deben impedirte ser feliz: Si para comer has de agotar, más vale que robes y no trabajes; si la ley te impide ser libre, te conviene desconocerla. Un hombre nunca está solo; en tu condición hay millones que sólo esperan un gesto... un grito... ¡Halla fuerte y verás como te responden...!

**Hombre.**—No me animo...  
**Mirasol.**—¡Cobarde! ¡Mira el sol y te verá el coraje!...  
**Hombre.**—¡Me deslumbra! No puedo, ¡los ojos se me inyectan de sangre!  
**Mirasol.**—Pero si lo llevas en la frente, desgraciado!... ¡Mírate las ideas y verás cómo brilla el sol dentro de ti!...  
 Si consiguen las aguas reflejar su imagen, ¿cómo no has de conseguirlo tú?...  
 Vamos, ¡tira la herramienta! ¡Basta de ser esclavo! ¡No sudas más y mira el sol, aunque se te abrasen los ojos!...  
 López Ascona.

**¿Unión libre o matrimonio y divorcio?**

¿Qué queremos?  
 La más bella unión del hombre con la mujer, realizada el amor. La más bella unión del amigo con el amigo, aun del padre con el hijo y del hermano con el hermano, realizada la estimación, el acuerdo, la amistad. ¿Quién había de exigir que dos amigos, dos compañeros, legalizaran su lazo de amistad ante un tercero, un intruso, un juez, para así ser reconocidos públicamente, persiguiéndose como un delito las relaciones o las amistades clandestinas? Cualquiera concibe que el más íntimo de los impulsos, aquel que exteriormente no se puede explicar, es libre y debe ser dejado enteramente a los interesados, sin que un intruso, un tercero, un funcionario de la ley, intervenga para regular, registrar, reglamentar su existencia, juzgar del derecho de los amigos y resolver cómo y cuándo, con qué causas, deben darse por rotas las amistades, persiguiéndose a los que no se acomodan al fallo de la ley, o dándose por no existentes las amistades trabadas fuera, al margen o con violación de la misma!... Y si, pareciendo que la fidelidad debe ser afirmada, el que ya es amigo de uno no puede serlo de otro mientras no haya rotó oficialmente su amistad con él, y comunicándolo a un intruso, un tercero, que antes aún ha de prestar su conformidad y pensarlo como cosa suya, cuando nada absolutamente tiene que ver en ella; ¿qué diremos de la intronización y la pretensión estúpida de aquellos legisladores? Primero, que la fidelidad, obligatoria es una tiranía; segundo, que el que tiene ya un amigo puede orientarse a otro amigo, lo mismo que la mujer casada a otro hombre.

—Si — se dirá —; pero en este caso hasta con que descubra su intención al que los enlazó primero, y el lazo quedará roto. ¡Es decir que siempre, eternamente, ruborizados y confusos, hemos de violentar nuestros pudores, revelar nuestros movimientos de alma, nuestra pasada y nuestra nueva orientación en cosa tan íntima y delicada como el amor, a un indiferente, un tercero, más o menos disimuladamente un íronico! ¡Por qué no habían de pedir para juzgar con más propiedad, que las mujeres les mostrarán el sexo? Esto tiene el mismo origen de todas las disposiciones de los caballeros respecto de sus yeguas; de todas las disposiciones del "padre de familia" antiguo — la familia estaba constituida por el padre, los hijos y los esclavos —, res-



*Habrán los reos*

Robé un pan. — No tenía hogar, ni lecho, ni ropa, ni jergón...  
 ¿Quién va allí de uniforme, con gran cruz en el pecho? — Un ladrón. (cho?)  
 Soy criminal. — Con un golpe de maza quitéme la razón destino fiero?  
 ¿quién pasa allá, arrastrado por dos potros de raza? — Un ratero.  
 La crápula maldita me puso en la miseria — y me ha vendido.  
 ¿quién espléndido palacio radiante! ¿quién lo habitaba? — Un bandido.  
 Viola, seduce, roba y asesina y miradme: ¡es un rey!  
 ¿Qué prostituta canta lírica en esta esquina? — La ley.

**Guerra Junqueiro.**

pecto de los esclavos. Mas luego fué sustituido éste por el Estado; pero siguió subsistiendo la total falta de consideración por el pudor de las esclavas. ¡Los traidores soviéticos de Rusia, como en general todos los legisladores, el mismo pudor que a las yeguas reconocen a nuestras valientes y delicadas compañeras, que tanto han hecho por la Revolución! Además que no ¡no!; todo tribunal marcha a un paso de carreta; ¡los impulsos espontáneos y libres marchan más rápidamente, con una velocidad que ningún legislador podrá medir jamás; y hay que reconocer, porque existe, cuanto se orienta a sí mismo, aunque sea con desprecio y

ha sido empezada, sino que ha sido traicionada.  
 Sacarle la punta a estos dos decretos **comunista-anárquicos** (!!) de la República Federativa de los soviets de Rusia:  
**Decreto sobre matrimonio e hijos, dictado por el Consejo de los Comisarios del Pueblo el 17 de Diciembre de 1917**  
 La República Russa reconocerá de hoy en adelante solamente los matrimonios civiles. Estos matrimonios se celebrarán sobre las bases de las siguientes reglas:  
 1.—Las personas que deseen contraer matrimonio lo comunicarán verbalmente o por escrito a la oficina del registro civil.  
 Nota: Está permitida también una ceremonia, pero ello es asunto particular. Nadie puede obligar a los contrayentes a casarse por la Iglesia.  
 2.—La manifestación de la voluntad de casarse no será aceptada: a) de hombres menores de 18 años y mujeres menores de 15 años, salvo en la Transcaucasia, donde la edad mínima para casarse es de 16 años para los hombres y 13 para las mujeres; b) de parientes cercanos en línea recta (padres e hijos, hermanos y medio hermanos, sea elegitimos, o adoptivos); c) de personas casadas, y d) de dementes  
 3.—Los que registren su matrimonio deberán declarar bajo su firma que los impedimentos establecidos no concurren en su caso particular, como asimismo que celebran el contrato voluntariamente. Los que hagan declaraciones falsas serán perseguidos por la Justicia del crimen y su matrimonio se anulará.  
 4.—Firmada la declaración requerida, el director del registro civil tomará nota de ella en el libro de actas matrimoniales y declarará efectuado el casamiento, quedando los contrayentes vinculados por el contrato de matrimonio.  
 5.—Al hacer el contrato los contrayentes determinarán si usarán el apellido del marido, el de la mujer o el de ambos. Como testimonio del casamiento se les entregará una copia del acta labrada.  
 6.—En caso de desaparición del libro de actas matrimoniales y, en general, cuando los casados no pudieren conseguir el testimonio respectivo, tendrán derecho de probar ante el director del registro civil de la localidad de su residencia, que están debidamente casados pero que no pueden conseguir el testimonio del acto.  
 7.—Las quejas contra el director del registro civil por haberse negado a efectuar el registro o de haber registrado falsamente el acto, se presentarán ante el juez local y, en caso de disconformidad con el fallo de éste, podrá apelarse ante el tribunal superior.  
**Decreto sobre el divorcio, dictado el 13 de Diciembre de 1917**  
 1.—El matrimonio se disuelve a solicitud del marido y de la mujer o de cualquiera de ellos.  
 2.—La petición se presenta ante el juzgado local. Cuando existe mutuo consentimiento, los casados pueden dirigirse directamente al registro civil solicitando que su matrimonio sea anulado. El registro civil labra un acta en el registro de matrimonios y entrega a los peticionantes un certificado de que su matrimonio ha quedado anulado.  
 3.—Cuando el juzgado recibe una petición de divorcio, cita para un día determinado a los casados o sus representantes.  
 4.—Si la persona que presenta la petición de divorcio, ignora el domicilio de la otra parte, puede presentar la petición en la localidad donde, según sus referencias, etc., etc.

Para finalizar, diremos que el compañero Locasio, redactor de **Bandera Roja**, es maximalista, porque le va a durar la profesión de **ave negra** o de picapleitos...  
 Hay aquí algunos ex anarquistas que se dicen maximalistas. Para obtener algunos de los frutos del maximalismo — como este que registramos a continuación — no sabemos por qué no nos aconsejan votar por los que, al lado nuestro, presentan un programa divorcista. Se ve que nuestra revolución no sólo no

violatione de la ley. — La mayor prueba de que la ley es un fracaso es que necesita el juez del crimen al lado del Registro civil. Los anarquistas caeremos con mucha frecuencia en las garras del primero, y dejáremos que se quede con sus libros preparados y en blanco el segundo.  
 Hay aquí algunos ex anarquistas que se dicen maximalistas. Para obtener algunos de los frutos del maximalismo — como este que registramos a continuación — no sabemos por qué no nos aconsejan votar por los que, al lado nuestro, presentan un programa divorcista. Se ve que nuestra revolución no sólo no

violatione de la ley. — La mayor prueba de que la ley es un fracaso es que necesita el juez del crimen al lado del Registro civil. Los anarquistas caeremos con mucha frecuencia en las garras del primero, y dejáremos que se quede con sus libros preparados y en blanco el segundo.  
 Hay aquí algunos ex anarquistas que se dicen maximalistas. Para obtener algunos de los frutos del maximalismo — como este que registramos a continuación — no sabemos por qué no nos aconsejan votar por los que, al lado nuestro, presentan un programa divorcista. Se ve que nuestra revolución no sólo no

**“La Obra”**

**La pluma**  
 “La primer pluma con que se empezó a escribir se dice que fué un tallo de trigo. Con el tallo del grano que nutre al cuerpo, es con lo que se preparó el primer alimento de la inteligencia”.  
 Cortamos este tallo del filósofo J. M. Guyau. Y, como la rama de olivo en la muestra del albergue antiguo, colocámoslo al frente de esta nueva salida de LA OBRA, para que sea también la primer pluma con que empezamos a escribir tallo del grano que nutre, o sea del que crecen en sus cañas los pensadores.  
 Las ideas que vamos a seguir defendiendo, han sido escritas por algunos tallos del grano que nutre — es decir: tallos de sabios y de trabajadores —, quienes las han grabado tan profundamente como un diamante en un vidrio...  
**Local: La puerta**  
 No tenemos aún local; pero he aquí lo que hemos escrito para cuando lo tengamos, dentro de muy breves días:  
 “Como hay aquí una puerta parecida a las de todas las casas —, con pasadotes, barra, pestillos, etc., conviene que hagamos una declaración:  
 “Esta puerta estará abierta, y lo estará para llegar a las columnas del periódico, para todo compañero, simpaticante y obrero, para todo centro y sociedad gre-

ideas”, pues ésta es una de las características de todo el marxismo.  
 La frase de Marx: “miseria de la filosofía”, es tanto explotada por los socialistas de Estado, que pretenden mostrar la obra práctica del parlamento y del voto; como por los sindicalistas, que pretenden mostrar la obra práctica del sindicato gremialista, que sólo se mueve por el interés económico; y ahora por los maximalistas... Indiferente le es a Marx todo cuanto se refiere al ser moral y espiritual de los hombres; no hace falta que diga que no es filósofo. Indiferentes han de ser al socialista todas las ideas, con tal que haya público abundante que vote; como al sindicalista, con tal que haya obreros abundantes que se agranden; o al maximalista, con tal que haya un pueblo numeroso que le apoye o que le eleve. El fin es una de estas tres varillas del abanico de la dictadura proletaria. Conseguido ésto, se ha realizado la felicidad. Por lo tanto, el anarquista es una semilla que debe ser arrancada del campo en que ha de ser abierta una de las tres varillas de la dictadura proletaria...  
 ¿Qué es, pues, esta “miseria de la filosofía” tantas veces como en ella se tropieza, separada con viveza, como si se fuera con una serpiente o una acua de fuego? ¡Es Bakounin, es la Anarquía, es el concepto moral del hombre alto y libre que se eleva como el gran macho de la especie! Aquí ya no nos encontramos con la indiferencia, sino con el mayor interés por los hombres. Y empieza el derribo, que es talla a la vez de un

**Bakounin y Marx: Elegir...**

El marxista, en cambio, acepta cualquier medio; su contacto no eleva sino achata más a las colectividades. Todo el marxismo es una gran chatura. Le perjudica que se definan ideas; quiere un brete lleno de borregos. Tiene que ponerse de parte de las colectividades sin luz, contra la luz; confiar su afianzamiento a la inconsciencia de las masas; negar que el hombre está preparado para la libertad. Y así se eleva como caudillo o como amo de las multitudes estúpidas, a las que ayuda a resistir a las ideas, alegrándose de que conserven un cerebro endurecido.  
 Entre los dos está la lucha: entre Bakounin y Marx. Y si el uno es un idealista que despliega la mayor actividad, no para sí, sino para que el índice de la revolución sea conforme a sus deseos, el otro, cuando no es un tonto, es un carnalla.  
**La violencia y el poder**  
 No me trates de irreverente: dame el brazo: soy tu inseparable compañero.  
 Un hombre manchado de lágrimas y sangre, armado de una hacha, entró en la sala del palacio, clavó el hacha en el suelo, de las gradas del trono y se sentó junto al rey.  
 —¡Villano! — gritó el monarca. —  
 ¿Cómo te atreves a cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Manchado de

hombre nuevo todo de granito. ¡El anarquista!... La autoridad es derribada por la filosofía anarquista. — ¡Miserias! — gritan los socialistas, y con ellos hacen coro los demás marxistas; — ¡dejad al hombre que vote, o sea solamente sindicalista o maximalista... — ¡No! — truena la voz gruesa y retumbante de Bakounin —, es entero, ha de ser hombre; su piedra ha de resistir la superior talladura. No hay más que el anarquismo que sea una fecunda libertad y una fecunda revolución...  
 Y el contacto de un anarquista realiza inmediatamente a las colectividades. Su moral antiautoritaria — abundante de toda clase de razones prácticas por lo demás para eliminar la autoridad —, no puede aceptar cualquier medio para llegar al fin; ni los mismos mismos son tan importantes como los fines, pues por ellos el hombre se eleva o se degrada, se liberta ya como anarquista, o permanece esclavo o un maniquí, como le es seró pensar a los marxistas. El anarquista es revolucionario en seguida, desde el primer punto que pone. Afuera es el que ataca a la autoridad más rudemente, y el que putre sus huesos en todas las cárceles, sube a todas las guillotinas. ¡Por la Anarquía!... El anarquista confiese únicamente a la razón y grandeza de su ideal; tiene que ponerse de parte únicamente de los hombres que comprenden, de los que desprecian toda pequeña habilidad o toda pillería. No es el suyo el éxito fácil; le basta con ser una columna para hoy y para mañana... No es un poltiguero, no es un ambientista que rectifica sus tiros: está contra todo esto, como está contra toda la boga del marxismo, la columna clavada de Bakounin, más alta que todo ello siempre!  
 El marxista, en cambio, acepta cualquier medio; su contacto no eleva sino achata más a las colectividades. Todo el marxismo es una gran chatura. Le perjudica que se definan ideas; quiere un brete lleno de borregos. Tiene que ponerse de parte de las colectividades sin luz, contra la luz; confiar su afianzamiento a la inconsciencia de las masas; negar que el hombre está preparado para la libertad. Y así se eleva como caudillo o como amo de las multitudes estúpidas, a las que ayuda a resistir a las ideas, alegrándose de que conserven un cerebro endurecido.  
 Entre los dos está la lucha: entre Bakounin y Marx. Y si el uno es un idealista que despliega la mayor actividad, no para sí, sino para que el índice de la revolución sea conforme a sus deseos, el otro, cuando no es un tonto, es un carnalla.  
**La violencia y el poder**  
 No me trates de irreverente: dame el brazo: soy tu inseparable compañero.  
 Un hombre manchado de lágrimas y sangre, armado de una hacha, entró en la sala del palacio, clavó el hacha en el suelo, de las gradas del trono y se sentó junto al rey.  
 —¡Villano! — gritó el monarca. —  
 ¿Cómo te atreves a cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Manchado de

ideas”, pues ésta es una de las características de todo el marxismo.  
 La frase de Marx: “miseria de la filosofía”, es tanto explotada por los socialistas de Estado, que pretenden mostrar la obra práctica del parlamento y del voto; como por los sindicalistas, que pretenden mostrar la obra práctica del sindicato gremialista, que sólo se mueve por el interés económico; y ahora por los maximalistas... Indiferente le es a Marx todo cuanto se refiere al ser moral y espiritual de los hombres; no hace falta que diga que no es filósofo. Indiferentes han de ser al socialista todas las ideas, con tal que haya público abundante que vote; como al sindicalista, con tal que haya obreros abundantes que se agranden; o al maximalista, con tal que haya un pueblo numeroso que le apoye o que le eleve. El fin es una de estas tres varillas del abanico de la dictadura proletaria. Conseguido ésto, se ha realizado la felicidad. Por lo tanto, el anarquista es una semilla que debe ser arrancada del campo en que ha de ser abierta una de las tres varillas de la dictadura proletaria...  
 ¿Qué es, pues, esta “miseria de la filosofía” tantas veces como en ella se tropieza, separada con viveza, como si se fuera con una serpiente o una acua de fuego? ¡Es Bakounin, es la Anarquía, es el concepto moral del hombre alto y libre que se eleva como el gran macho de la especie! Aquí ya no nos encontramos con la indiferencia, sino con el mayor interés por los hombres. Y empieza el derribo, que es talla a la vez de un

El marxista, en cambio, acepta cualquier medio; su contacto no eleva sino achata más a las colectividades. Todo el marxismo es una gran chatura. Le perjudica que se definan ideas; quiere un brete lleno de borregos. Tiene que ponerse de parte de las colectividades sin luz, contra la luz; confiar su afianzamiento a la inconsciencia de las masas; negar que el hombre está preparado para la libertad. Y así se eleva como caudillo o como amo de las multitudes estúpidas, a las que ayuda a resistir a las ideas, alegrándose de que conserven un cerebro endurecido.  
 Entre los dos está la lucha: entre Bakounin y Marx. Y si el uno es un idealista que despliega la mayor actividad, no para sí, sino para que el índice de la revolución sea conforme a sus deseos, el otro, cuando no es un tonto, es un carnalla.  
**La violencia y el poder**  
 No me trates de irreverente: dame el brazo: soy tu inseparable compañero.  
 Un hombre manchado de lágrimas y sangre, armado de una hacha, entró en la sala del palacio, clavó el hacha en el suelo, de las gradas del trono y se sentó junto al rey.  
 —¡Villano! — gritó el monarca. —  
 ¿Cómo te atreves a cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Manchado de

F. Pá y Arsuaga.

**De frente**

Estamos en pleno siglo XX, y la humanidad se convulsiona, absorbiendo todo lo excelente que el pensamiento fecundó. Y he aquí la causa matriz de una finalidad más o menos sana en esas convulsiones.  
 Mirando retrospectivamente vemos en cada acción de los hombres con ideas preclaras e instituciones de carácter libertario, gestos altífluos que hacen de la idea un puntal. Y de las acciones colosales vemos que con certeros golpes en el océano de la vida, llevan el barco humano hacia el puerto de la gloria.  
 Gloria hemos dicho. No obstante ser ella el peñón más alto que la mano del sabio, del santo, pensador, filósofo, sociólogo, etc., pueden alcanzar, hay quien sostenía ayer su símbolo en forma orguillosa, y hoy ¡oh sugestión maldita!, si gueno por diferentes sendas conformándose que el barco eche anclas en medio del océano, renunciando legítima hasta el puerto de la salvación definitiva.  
 Suggestiönarse es abdicar de sus convicciones. Suggestiönarse es renunciar a todo lo que sea posteriori. Suggestiönarse es digno de los hombres sin personalidad. Y ya que de suggestiönados hablamos, los indios tupinambes se suggestiönaban ante las cintas rojas que les enseñaban los blancos.  
 Estalló allá por 1914 la hecatombe guerrera que sepultó a miles de hombres,



todos los hechos sociales concretos; resolverá todos los males sociales.

La libertad tiene su lado positivo y su lado negativo, rechaza la autoridad y la tiranía y afirma la equidad y la justicia; esto es: niega el mal y afirma el bien. La destrucción es necesaria, pero la construcción lo es también. Esencial se hace derribar las construcciones viejas, a fin de erigir las nuevas; pero, antes de consentir en su demolición, el ocupante puede querer saber lo que se va a poner en su lugar, y el arquitecto debe suministrarle las especificaciones de la estructura propuesta—Hay aquellos que tenían de un éxito mejor en la demolición de las viejas construcciones, con todo no tienen en su espíritu la idea abstracta de la nueva estructura, mientras que hay otros que son superiores en construcciones nuevas. Ambos son esenciales. Es absurdo decir que es suficiente desembarazar el terreno, porque el yuyo, mañana

crecerá de nuevo donde fué retirado. ¡Cuántas veces es una superstición derribar, sólo para sustituir con otro diferente! La verdad debe sustituir al error, y este es el trabajo del lado positivo de la libertad. Libertad quiere decir derecho de construir lo nuevo, así como también de destruir lo viejo. Una sociedad de Libertarios destruirá lo viejo, pero también construirá lo nuevo, y cualquiera que sea el campo que ella limpie, será sembrado con las simientes del progreso. En todas partes donde se sueña con una institución autoritaria, se siembra, nada más una simiente regresiva. Y este es hoy la mayor parte del sembrado de todos los socialistas.

C. T. Spradling.

(En algunas partes ampliado o condensado a todas sus consecuencias por la redacción de LA OBRA, la que lo ha traducido también).

## EL ACABOSE

CUADRO SOCIAL

Personajes: Un magistrado. Un obispo. Un general. El pueblo sublevado. Época indeterminada. El lugar de la acción no puede precisarse.

### ACTO UNICO

(La escena representa un lujoso salón con grandes balcones al fondo, que figura dan a la calle, y puertas laterales. En medio del salón una mesa, alrededor de la cual están sentados en cómodos sillones los tres primeros personajes; encima de la mesa hay un crucifijo de plata, una espada de reluciente hoja y un código ricamente encuadrado.—Oyese a lo lejos confuso rumor que poco a poco va agrandándose, hasta convertirse, hacia el final del acto, en ensordecedor clamoreo de una gran muchedumbre).

El magistrado, con ademanes oratorios.—Señores: el edificio social americano: sus más fuertes columnas se tambalean al impulso del huracán revolucionario; sus cimientos están rotidos por la carcoma del hambre y la miseria. El populacho, la turba, la canalla se atreve a rebelarse contra todos los sagrados y justos principios que sostiene la sociedad; se atreve a rebelarse contra nuestra paternal autoridad, y proclama principios disolventes que llevan en germen la destrucción de todas nuestras venerandas instituciones que son la garantía de la justicia, de la paz y del orden. El pueblo, esa morrala soez y corrompida, ya no oye como antes nuestra voz amiga, ya no acata los principios de nuestra santa religión, ya no obedece nuestras leyes justicieras, ya perdió el amor a la patria, el más notable de los sentimientos. ¡Ah, señores! triste es decirlo, pero es lo cierto que el pueblo perdió todo respeto al traje talar del clérigo, al uniforme del militar y a la toga del magistrado, y en cambio proclama muy alto principios tan nefandos como la libertad individual y colectiva, la igualdad de condiciones, la fraternidad universal, etc., etc. El virus revolucionario mina

rápidamente nuestra sociedad, y si pronto no hallamos el remedio para atajar el mal en su camino, en tiempo no lejano seremos devorados por esa hidra de cien cabezas que llaman anarquía. La sociedad está amenazada de muerte, señores, y nuestro deber es salvarla.

El obispo.—Hermanos míos: es triste, muy triste, tristísimo lo que sucede; pero ¡ay! quizás todo ello no sea sino un justo castigo por la impiedad humana. ¿Sabéis por qué suceden tantos males? Pues porque ya no se cree en el Padre Eterno, porque no se adora a Jesucristo ni a la madre que lo parió por obra y gracia del Espíritu Santo. Las iglesias están vacías, nadie asiste al sacrificio de la misa, ni se prosterna humilde delante del confesionario; el descreimiento lo invade todo. Y es natural que así sea, no podía esperarse otra cosa en este siglo de darwinismo, ateísmo, socialismo, anarquismo y demás "ismos", habidos y por haber. ¿Cómo queréis que no se rebelé el pueblo si vosotros no habéis impedido que en su seno penetraran esas ideas impías que niegan a la divinidad y escarnecen a sus ministros? Si la santa institución existiera, la impiedad no invadiría a la sociedad. Se perdió la fe, y al perderse la fe, se perdió todo; hagamos los posibles para que esta fe vuelva al seno del pueblo y el conflicto está salvado. Un pueblo creyente es un pueblo sumiso.

El general.—Señores: para mí, con perdón sea dicho del "pater", eso de la fe son panpilas y pan pintado. ¡Qué fe ni ocho cuartos! Palo, palo y plomo, he aquí el remedio. Dadme mucha infantería, mucha caballería, mucha artillería y yo os garantizo volver al pueblo más manso que cordero degollado.

El obispo, cogiendo el crucifijo y señalándolo con ademán inspirado.—General, el único que puede remediar el mal es éste, el hijo de Dios que murió en una cruz para salvar a la Humanidad pecadora.

El general, blandiendo la espada con furia.—¡Mil bombas! Pues yo sostengo que para salvar a la sociedad no hay más cruz que la de esta espada, y mucha infantería, mucha caballería y mucha artillería.

El magistrado.—Calma, general. Razonemos y no disputemos, y veamos cuál es el mejor modo de conjurar el conflicto. El señor obispo sostiene que para someter al pueblo sublevado es necesaria la fe, y usted, general, cree que basta y sobra con mucha infantería, caballería y artillería. Pues bien, señores yo digo, con el debido respeto que sus opiniones me merecen, que no me parecen realizables ni una ni otra. No podemos pensar en la fe porque ya no la tiene el pueblo, y menos podemos esperar de la infantería, caballería y artillería cuando ya no existen tales carneros. Los soldados, salidos del pueblo, al pueblo volvieron con armas y bagajes. ¿Qué puede lograr un obispo sin creyentes y un general sin soldados? Desengáñense, el remedio debemos buscarlo en otra parte.

El obispo, con unción angélica.—La fe es la salud de los pueblos.

El general, en actitud bélica.—Palo, palo y plomo, aquí no hay más salud que esta.

El magistrado.—Veamos si podemos llegar a un acuerdo. ¿Qué quiere el pueblo? Que acabe la explotación, que cese la opresión; quiere pan y libertad, el socialismo, en una palabra. ¿Podemos oponernos a sus aspiraciones? No, en la actualidad no es posible. El pueblo sublevado es el amo, el señor absoluto de todo. ¿Qué debemos hacer en tal caso? Pues engañar al pueblo fingiendo transigir. No es la primera vez que así hemos procedido, y la tal táctica nos ha dado magníficos resultados. Transijamos, pues, de momento, demos al pueblo un gobierno socialista, y después... después veremos de continuar perpetuando nuestra dominación en bien de ese mismo ingrato pueblo.

El obispo.—Hombre, por mí, mientras no se toque el presupuesto del clero ni se confiscen los bienes de la Iglesia, venga en buena hora el Estado socialista.

El general.—¡Htm! No me huele muy bien eso de gobierno socialista; pero, en fin, si se mantiene mucha infantería, mucha caballería y mucha artillería...

(En este momento el pueblo sublevado llega delante del palacio y su clamoreo ensordecedor deja suspensos a los tres personajes, que pálidos y asustados no saben qué partido tomar. El general coge la espada y el obispo el crucifijo de plata).

El magistrado, con voz no muy segura.—Señores: el trance crítico ha llegado más pronto de lo que yo esperaba; el conflicto se ha presentado de improviso y hay que resolverlo de momento. Con su permiso voy a asomarme al balcón para decir a la muchedumbre nuestras decisiones.

(Va al balcón, que abre nerviosamente, y dirige la palabra a la muchedumbre).

El magistrado.—Ciudadanos, compañeros, vosotros los que con vuestro trabajo lo producís todo, vosotros los que sufrís injustamente hambre y miseria

mientras los otros, aquellos y los de más allá nada producen y, sin embargo, buenos pavos trufados engullimos, digo: encruz que la de esta espada, y los... los... (Los rumores de la muchedumbre se acentúan, oyéndose imprecaciones y mueras al orador; éste, asustado y nervioso, sécase con el pañuelo el sudor del rostro). Pues, sí, ciudadanos y compañeros queridísimos, como decía, nosotros los que velamos por vuestra suerte, por vuestro bienestar, por vuestra felicidad completa, nosotros que reconocemos la justicia de vuestras nobilísimas aspiraciones, creemos que un buen gobierno basado en los más puros principios del socialismo...

(La indignación popular llega a su colmo, produciéndose un espantoso tumulto; una granizada de piedras obliga al orador a retirarse del balcón).

El magistrado, dirigiéndose a sus dos compañeros que ya se han parapetado tras una barricada hecha con la mesa, sillas y cuadros.—Estamos perdidos, las turbas asaltan el palacio.

(Por los balcones saltan hombres y mujeres del pueblo, y por las puertas laterales van entrando también todos armados. Al fondo de los balcones divisan se los rojos resplandores de los incendios, mientras de la calle suben los roncros gritos de los sublevados. A lo lejos oyense aisladas detonaciones y el triste tañido de las campanas).

Una voz.—¡Mueran los tiranos!  
Todos, en actitud amenazadora.

—¡Mueran!  
El obispo, enseñando el crucifijo.—¡Hijos míos, respetad al ministro de estos dios que murió en una cruz para salvarnos a todos.

El magistrado, con el código en la mano.—Ciudadanos, respetad la ley.

El general, blandiendo la espada.—¡Rayos y centellas! Venid, cobardes, y veréis como muere un defensor de la patria.

Una voz.—¡Mueran los farsantes!  
Otra voz.—¡Arrojémoslos a la calle para que los arrastren nuestros compañeros.

Todos.—¡Sí, sí, arrastrarlos... a la calle, a la calle!...

(Los sublevados tiran sobre los tiranos y los arrojan a la calle mientras la muchedumbre redobla su gritería, mezcla de júbilo y rabia, de imprecaciones y amenazas).

Telón rápido.

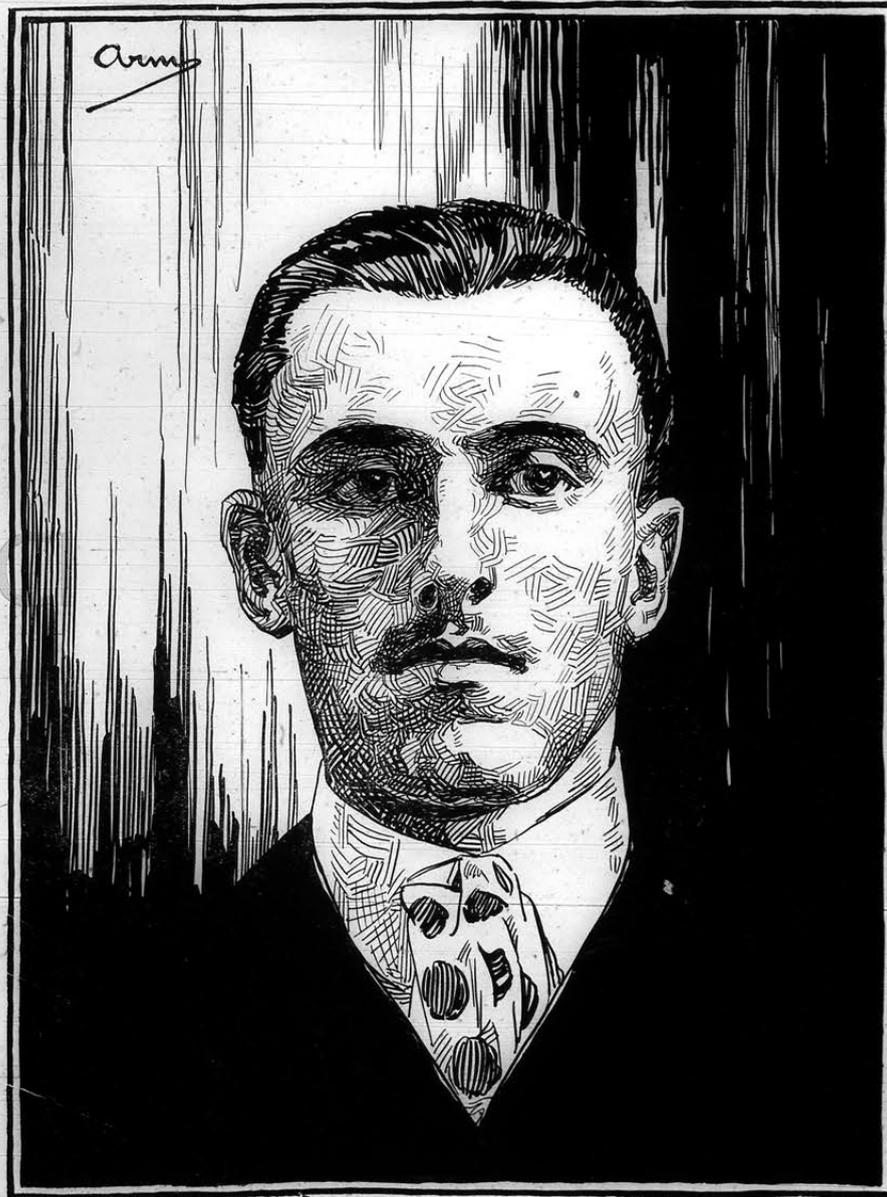
Palmiro DE LIDIA.

Los propietarios, los capitalistas, robaron por la violencia y por el fraude, la tierra y todos los medios de producción, y, en consecuencia de ese robo inicial, pueden subsistir, diariamente, a los trabajadores el producto del trabajo.

Mas ellos fueron ladrones afortunados; se hicieron fuertes, y por medio de leyes legitimaron su situación, organizando todo un sistema de represión para defenderse no sólo contra las reivindicaciones de los trabajadores, sino también contra los que pretendían reemplazarlos haciendo lo que ellos han hecho. A su robo llámale propiedad, comercio, industria, etc.; el nombre de ladrones se reserva para los que quieren seguir su ejemplo pero que habiendo llegado demasiado tarde y en circunstancias adversas, no lo pueden hacer sin ponerse en lucha contra la ley.

E. Malatesta.

## Simón Radowsky



¿Maximalista? ¡No! ¿Anarquista!

## Sacando del limbo: El congreso comunista de Lenin

No estamos para volver al huevo; para cerrar los ojos e ignorar las cosas que a hemos visto y cuyas causas hemos tratado de explicarnos; para creer en las consejas del hogar, cuando ya hemos recorrido y visto la verdad de cosas, diendes y fantasmás en las lejanas tierras. Precisamente es una falta de filosofía creer que aún se puede hacer tragar esto, a hombres de tanto mundo en las ideas, como son los anarquistas. Esto puede seguir haciéndose tragar únicamente a los que se quedaron en el huevo, como en el limbo.

Lo decimos bien alto: estamos fuera del huevo, y exigimos se nos hable como hombres, como anarquistas. Mantenernos en un limbo, borrando las diferencias de contorno con la falta de luz, para que todos los gatos sean pardos, no es obra de honestidad ni de altura. Esto no tiene que hacer un anarquista, sino alzar tan alto la mecha de la lámpara que todo se vea con claridad y hasta en sus menores detalles.

Si no quisiera mantener en un limbo a los anarquistas, el diario maximalista al hacer la lista de todos los partidos socialistas con los cuales piensa reunir Le-

nine su congreso comunista, no habría manifestado su sorpresa por no figurar en ella los comunistas libertarios.

Si quería dar a entender que este había sido un olvido y que podía ser rectificado, hubiérase bastado ver que en la lista no figuran los comunistas anarquistas de ningún país, ni el propio de Lenin o sea la misma Rusia. Luego, hubiera sacado del limbo, diciendo con palabras comprensibles, que todo ese comunismo era el comunismo de Marx, o sea el colectivismo de Estado socialista, y no el Comunismo Anarquista. Hubiera sacado del limbo diciendo que si la experiencia era hecha otra vez de ir a este congreso los comunistas libertarios, ellos hubieran sido otra vez expulsados. Y, finalmente, hubiera sacado del limbo también, diciendo que ellos se cuentan por los partidos socialistas tan solo, y que para ellos no representan nada los comunistas libertarios, por lo que la lista era toda de partidos socialistas.

Pero, al diario maximalista le conviene el limbo, siendo el mismo una floración de limbo también; anarquistas que nos han venido a sostener aquí lo de los socialistas internacionales, que, ¡ah! ¡oh! ¡oh! ¡oh! les parece que tiene mucha sustancia!...

## La propaganda anarquista

No debe depender de los gremios obreros

Pronto se dice: "soy anarquista". Cruzado está el aire de esta afirmación. Pronto se echa de ver también que en muchos que abusan o han abusado de esta palabra, falta verdadera conciencia, y así proceden insuficientemente, o comprometiéndose en un completo error, toda vez que tienen que afrontar ellos la realidad, en nombre de los principios o de las ideas. El titularse es de todos, aún los que quieren hacerlo bajo mangas para los camaradas ingenuos, cuando afuera se sostiene otra cosa; el creerse a pies juntillas también. Difícilmente advierten éstos su contradicción. Mas no puede hacerse distinción ninguna tampoco por la fuerza, el calor, la energía con que otros dicen: "soy anarquista". Esta afirmación, cuando se hace ante el burgo, la autoridad, la represión, o para sostener el estandarte de las ideas, adquiere todo el valor de una demostración viril del carácter; es algo que nos hace amar la firmeza varonil de los hombres. Aunque éstos no tengan otra cosa, defienden una convicción, manifiestan una voluntad enhiesta, y ya es sobrado y bastante para que nadie dude cuando dice: "soy anarquista!"

Sin embargo... Pues debe haber sus sin embargo, cuando muchos de los que más fuertemente se decían anarquistas ayer, hoy caen voluntariamente o por inadvertencia en completos errores, y al fin demuestran que no eran anarquistas. Y es que no puede dejarse a uno, que ignora la química, que no posea a fondo esta ciencia, al cargo de una botica o de una farmacia donde se preparan recetas, pues para mí todas las drogas son iguales y encontrándolas en frascos diferentes yo no las distingo; no

conozco sus efectos ni sus repulsiones, sus simpatías ni antipatías, y apenas si sería capaz de orientarme aproximadamente en algunas cosas, por puro tanteo o por puro acierto.

Pues, algo así es lo que hay que dejar, en aquellos sitios donde él se encuentra o en aquellas ocasiones que a él se presentan, al con que más o menos fuego, conocimiento o verdad, se llama "anarquista". Ha de dejárselo que obra, proceda o aconseje como todo el anarquista o como todo el que se acción dependemos todos, como también de su conciencia o conocimiento de las ideas, pues él es en verdad el buen "compañero anarquista" por el cual el anarquismo se prolonga a actuar en los más diversos medios y las circunstancias más diferentes. El anarquismo prácticamente, es lo que es entre compañeros son. Falta un buen compañero en todos los lados, cuando se trata de cualquier cosa, y sobre todo de novedades más avaloradas que se prestan a desviaciones; muchas veces ha de decirse, lamentando el completo error a que ha inducido precisamente un compañero: "¡faltó allí un buen compañero!". Y es la verdad entonces que se perdió una oportunidad, o ella fué entregada en contra de nuestras ideas, en vez de ser aprovechada para ellas...

Tenemos hoy y hemos tenido siempre que las ocasiones no escasean sino por el contrario abundan; hasta puede decirse que son ellas más que las que pueden atender todos los anarquistas. Pero sucede frecuentemente que, cuando más es necesario, nuestras cabezas no están firmes; que no hacemos las debidas distinciones de las drogas, pues ignoramos la química o la composición de las ideas;

que caemos en completos errores, y cuando más puro y alto, como vara de limbo, debía ascender el anarquismo, brindamos cualquier cosa inferior, remezclada, cortada como el aceite que se vende en el comercio, en el cual entran por una parte mayor las borras ajenas que el jugo del propio, que huele a olivas como a pezones;—y es esto lo que llega a ser sostenido como anarquismo (o como aceite) en una región; por lo menos por una cantidad de tipos que antes decían alto: "soy anarquista".

Lejos de nosotros el pensamiento de rebajarle el título a nadie, sobre todo a los que tienen valentía y lo afirman públicamente, en lo cual hemos de ver que no proyectan huidas ni concesiones; eso sería rebajar a los únicos compañeros que tenemos. Ellos son realmente anarquistas, pues lo sienten y lo quieren así. Pero, si, han de estudiar con el mayor interés, han de preocuparse mucho de la química y la composición de las ideas, de saber los efectos y las repulsiones, las simpatías y antipatías para no caer en completo error, cuando les toca a ellos dar el frente a la realidad y decidir en nombre del anarquismo, o como tipos que siempre dijeron: "soy anarquista". Si no se conoce el ideal que se propaga, no se advierten tampoco las contradicciones, y el resultado es que se cae del otro lado y todas las flechas se dirigen contra los anarquistas, y en realidad y en levante de los enemigos de los anarquistas.

Para principiar, planteemos nuestras cosas como anarquistas, sin importarnos poco ni mucho del éxito bullicioso o del aplauso inconsciente con que premian las multitudes a los payasos o los clowns enharinados, vestidos de retazos como arlequines. Necesitamos rodear nuestras hojas anarquistas de una completa independencia de los gremios obreros. Es siempre escasa garantía para las ideas la dependencia de cualquier gremio, aún cuando sea el más avanzado o el que mejor admita la propaganda anarquista en su seno. Un gremio cuenta siempre con muy pocos compañeros inteligentes, en cuya luz no puede confiarse sin embargo completamente; y cuenta en cambio con la fuerza que le dan la masa de sus inscripciones y el volumen de sus fondos, para apoyar o tumbar lo que le es imposible discernir. Por eso los compañeros, para rodear de la necesaria independencia a la propaganda anarquista, la han sacado a los centros de estudios sociales, a las agrupaciones anarquistas. Son éstas las que pueden alumbrar, siempre igual y constante, la propaganda anarquista.

## ¿Fracaso?

Se ha proclamado el fracaso del anarquismo, el fracaso del comunismo anárquico. No es otra cosa pretérir éste, es decir dejarlo atrás por el maximalismo. Se ha hecho avanzar a éste hasta presentarse, en un diario que debía ser anarquista, una sola línea, bien unida, maximalista. Contentos están, como si hubieran realizado el más precioso hallazgo, quienes, presentando esta línea maximalista, creen hacer algo mejor, mucho mejor,

que los rutinarios y los infelices que siguen aferrados aún a su línea Comunista Anárquica. En pelotón, en escuadrón cerrado, se han hecho avanzar todos los argumentos de los socialistas contra los anarquistas. Y quienes dirigen a esta tropa, al frente y con la espada en alto, no son ¡no! los socialistas, sus naturales jefes; son los que se decían hasta ayer anarquistas, y se dicen hoy sí ya a preguntarseles...

¿Pero es en realidad un fracaso el Comunismo Anárquico? ¿Es que una línea maximalista es en algo superior, y no tenemos razón ninguna para haber sido anarquistas hasta ayer? ¿No! Ese pelotón de argumentos ha sido más de una vez atacado y destruido por los anarquistas, al punto que, bajo sus jefes socialistas, no se atrevió a presentarse más. Si ahora, mandado por compañeros que se dicen anarquistas, cree tener mejor fortuna, pues lo mismo pasará. No puede haber fracaso para una línea Comunista Anárquica, defendida por sus naturales—e irrefutables—argumentos.

E. G.

## En un orden nuestro se obtiene en los cosas nuestros

Este es un momento de despertar universal de los explotados y oprimidos. Los esclavos se yerguen hombres; y hombres se yerguen aún los niños y las mujeres — a nuestra vista lo tenemos — para lanzarse a la lucha contra los explotadores. Se ve que esto — todo esto — es el principio de otra cosa: de un reclamo más grande, que encoje el alma de los burgueses como higo seco; de algo que ya no será posible satisfacer y obligará a una lucha definitiva en todo sitio y en todo rincón de la tierra. Lo que se pone en tela de juicio es ya el derecho al trabajo de los proletarios a los burgueses; el derecho del gobierno a mandar y ser obedecido; el derecho de despedir, de quemar o de no tener en cuenta la dignidad humana de los proletarios, aún cuando sea un niño o una mujer; el derecho de encerrar en la cárcel o de sembrar con el plomo el silencio y la muerte.

Todo esto es puesto en tela de juicio, no para algunos casos aislados sino en todos los casos, y ha sido reconocido una grande, una irritante injusticia, no en algunos casos aislados sino en todos los casos también. De modo y manera que los proletarios saben que pesa sobre ellos una injusticia social, y que ella podrá ser destruida o atacada todos los días, únicamente con su acción o solidaridad. Que son palabras vanas todo lo demás; que nada caerá como maná del cielo, y que están más próximos a ser escuchados o a obtener lo que se proponen, cuanto mejor se liberten desde el principio de los pasos legales, y del orden porque los ha regido hasta el momento el gobierno y el patrón. Saben ya por experiencia que esto no da ninguna leche; que, por el contrario, yendo contra ello es como se ha podido — ¡y se podrá! — obtener algo.

El orden de los gobiernos y de los patrones es el que ha producido la situación contra la cual el propietario protesta.

—¿Qué hace usted aquí?  
—Estoy descañando.  
—¿De dónde viene usted?  
—De infinidad de partes.

Hacia más de un mes que Juan Raudel andaba de pueblo en pueblo en busca de trabajo. Tenía veintisiete años, era carpintero de oficio, y no queriendo ser gravoso a su pobre familia, se había visto precisado a abandonar su país natal, donde no encontraba en qué ocuparse.

Provisto de buenos certificados y con siete francos en el bolsillo partió un día para lejanas tierras, sin que en sus largas excursiones lograra realizar su noble propósito.

En todas partes le contestaban que habían tenido que despedir gente. Para matar el hambre, que ya no podía ejercer su oficio, fué mozo de cuadra, leñador y pocero, mediante una módica retribución que sólo obtenía dos o tres veces por semana.

Hacia diez días que no encontraba trabajo de ninguna especie, y tan sólo comía los mendrugos de pan que le daban de limosna.

A la caída de la tarde, Juan Raudel, extenuado de fatiga, hambriento y descalzo, vagaba por un camino, sin saber como podría saciar el voraz apetito de que se hallaba poseído.

Troñando contra los que le negaban la protección que demandaba, solía exclamar lleno de indignación:

—¡Miserables! ¡Infames! ¡No se como dejáis morir de hambre a un individuo de vuestra misma especie! ¡No tengo derecho a la vida, puesto que todo el mundo me deja perecer, sin tenderme una mano protectora!

Juan Raudel había resuelto regresar a su país, en la creencia de que le sería más fácil ocuparse en algo en su pueblo que en aquellos parajes donde las gentes comenzaban a sospechar de él.

Pasó la noche al aire libre, y a la mañana siguiente se dirigió a un camino muy frecuentado y se sentó sobre una piedra.

Era domingo, y las gentes de las inmediaciones acudían a la primera mesa del pueblo atraídas por el repiqueteo de las campanas.

Al notar Raudel la presencia de un sujeto bien vestido y de aspecto bonachón, levantándose de su asiento y dijo al transeúnte:

—Hace más de un mes que busco trabajo y no lo encuentro. No llevo ni un céntimo en mi bolsillo.

El individuo a quien se había dirigido, le contestó:

—¿No sabe usted que en este pueblo está prohibida la mendicidad? Yo soy el alcalde, y si no se va usted enseguida, no tendré más remedio que hacerle prender.

—No tengo inconveniente en ello—dijo el vagabundo;— así no me moriré de hambre y tendré donde albergarme.

Al cabo de un cuarto de hora presentáronse dos gendarmes y el carpintero comprendió que venían en su busca.

Uno de ellos adelantó el paso y preguntó a Raudel:

—¿Qué hace usted aquí?  
—Estoy descañando.  
—¿De dónde viene usted?  
—De infinidad de partes.

# EL VAGABUNDO

—¿Y a dónde va?  
—Al pueblo de Avaray, mi país natal.  
—¿En qué se ocupará usted?  
—En nada. Busco trabajo.  
—¿Tiene usted en regla sus papeles?  
—Sí, señor. Aquí están.

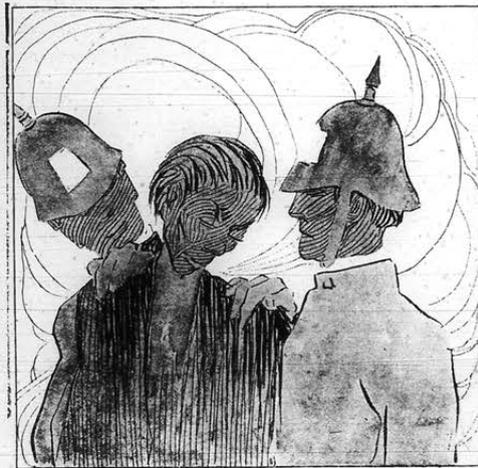
Viendo que estaban en toda regla, fué roncamente devueltos a Raudel los documentos relativos a su persona.

—¿Lleva usted dinero?—dijo uno de los gendarmes.  
—No, señor; ni un céntimo.  
—¿Pues de qué vive usted?  
—De lo que me da la gente.

hombre y déjenlo a doscientos pasos del pueblo.

—Pero; por piedad, que me den antes algún alimento.  
—No faltaría más que eso!  
—Si me abandona usted y no dispone que me den de almorzar, me veré precisado a cometer una mala acción.

El alcalde se levantó y dijo:  
—¡Hagan ustedes salir inmediatamente a ese hombre!  
—Los dos gendarmes asieron del brazo al carpintero y cumplieron las órdenes que acababan de recibir.



—Pues en ese caso, se consagra usted a la mendicidad.  
—Sí, señor; cuando puedo.  
—Siganos usted.  
El carpintero se levantó y dijo:  
—Vámonos a donde ustedes quieran.

Los gendarmes y Raudel se dirigieron al inmediato pueblo, al cual llegaron al cabo de un cuarto de hora.

En la sala del Consejo municipal, donde se guardaban le hicieron entrar, encontró Raudel al alcalde, sentado ante una mesa, al lado del secretario de la Corporación.

—¡Ah!—exclamó el magistrado.—¿Conque es usted?... Ya le he advertido que la mendicidad está prohibida en este distrito municipal. ¿Lleva usted documentos de seguridad personal?

—Sí, señor—contestó uno de los gendarmes.—Están en toda regla.

—¿Qué hacía usted en el camino?  
—Buscaba trabajo.  
—¿En el camino?  
—No podía buscarlo oculto en los bosques.

—Queda usted en libertad—repuso el alcalde—pero procure usted no reincidir.  
—Preferiría que me prendiesen. Estoy muerto de hambre y de cansancio.  
—Silencio! Acompañen ustedes a ese

mente por la misma ventana por donde había entrado.

—Púsose de nuevo en marcha y se dirigió a un bosque, con objeto de dormir allí una buena siesta.

Raudel estaba muy satisfecho de su luzaña, por más que en aquel momento estuviesen sus ideas muy embrolladas, a causa del alcohol de que acababa de abusar tan desatinadamente.

Sentóse al pie de un árbol, y a los cinco minutos dormía como un bendito.

Pero al cabo de dos horas le despertaron los mismos gendarmes de la mañana.

—Ya sabíamos—dijo uno de ellos—que volverías a caer en nuestras manos.  
—Soy criminal—contestó Raudel—y ahora no tenéis más remedio que prenderme.

—¡En marcha!—exclamaron a un tiempo los dos agentes de la autoridad.

A la hora y media de camino llegó la comitiva al pueblo.

Todas las puertas estaban abiertas, porque todo el mundo sabía lo que había ocurrido y no había quien no esperase ver pasar al malhechor.

—Al verle el alcalde, exclamó con aire de satisfacción:

—¡Ah pillastre! ¡Al fin te hemos pescado en toda regla! ¡Por lo menos, te va a costar la broma catorce años de presidio!...

GUY DE MAUPASSANT.

## Gon mucha goma...

—Soy anarquista. Todo el barrio me conoce. Y se hace lenguas de mí, que a ninguno saludo ni tengo expansión con nadie. Mis compañeros vienen a visitarme, y con ellos la verdadera hora cordial de mi espíritu se abre. Con ellos estoy en mi mundo; les ayudo a trabajar también, y siempre tienen alguna cosa que venir a traer o que llevar. De continuo algún compañero golpea la puerta de mi cuarto. Esto integra a los vecinos. Han de verme quien sabe con qué ojos y pensar quien sabe qué cosas...

Mi vecino, el almacenero de la esquina, es más adelantado. Es socialista, de los de Justo. Hace mucho tiempo que entro, compro y me retiro. El almacenero sabe que soy anarquista. Y siempre que entro, hace lo posible por mostrarme que él tiene también ideas modernas. Pero al soslayo, conversando con algún cliente, o bien en lo que les despacha o me despacha a mí.

Un día dice — siempre dirigiéndose a otro cliente —: "Lo que es yo, cuando no compro La Vanguardia y La Nación, me parece que no he comprado nada".

Otro día, en un cuarto kilo de azúcar que me está despachando el único dependiente que tiene, se acerca apresurado y le grita, como para evitarle cometer un crimen al que sin duda él mismo lo ha acostumbrado:

—Corrida... corrida... corrida... Se refiere a la balanza, que deje caer más azúcar del lado contrario de la pe-

sa... que era menor de la que correspondía.

Con esto pretende demostrar su conciencia socialista.

Pero lo que me llamó más la atención fue el acto de ayer. Entraba yo en el preciso instante en que un joven de 14 años le pedía un ajenjo para beber. ¡Aquella si que era la ocasión para demostrarle todo el tamaño de su conciencia socialista, de lector de La Vanguardia!

Cubrió al chico de improperios. —¡No despacho ajenjo, no! ¡No quiero ser un envenenador! ¡Quién te

ha enseñado a beber ajenjo, mocoso? ¡A ver! Trae los diez centavos... Si querés te voy a dar un suísé... con mucha goma. ¡Cómo está perdida la juventud!...

Y le sirvió un ajenjo con goma, mientras seguía con la retahíla, refunfuñando, y despachándose otro cuarto kilo de azúcar con corrida.

Estoy siempre pensando que este almocero me demuestra todo el tamaño de la conciencia socialista "¡Ajenjo, no, suísé; o sea ajenjo con mucha goma!"...

Eme.

### Los anarquistas y las revoluciones

Sobre la revolución contra el régimen-burgués, nos parece que no habrá un solo anarquista que esté en desacuerdo. No se habría encontrado un solo anarquista que estuviera en desacuerdo aún con la revolución de Kerenski, como con cualquiera de las revoluciones que se intenten contra cualquiera de los regímenes tiránicos que existen en el mundo. Más esto no quiere decir que se acepten las ideas de Kerenski; ni que hay que abandonar las ideas anarquistas y hacer propaganda de las ideas de Kerenski, para llegar nosotros también a la revolución. Nosotros podemos llegar a la revolución con nuestras propias ideas; y no habría nada que tacharnos a nosotros de líricos y a los kerenskistas de prácticos, o sea, traducido a otro lenguaje que se quiere usar ahora, a nosotros de idealistas y a los segundos de revolucionarios. La prueba es que la propia revolución rusa dejó a los kerenskistas y cayó en poder de los idealistas de segunda mano, o sean los maximalistas.

Como aquí también dejaría a los maximalistas y caería en poder de los idealistas de segunda mano, o sean los anarquistas. El hecho material de la revolución no requería ser kerenskista en Rusia y aquí maximalista, pues después del triunfo de éstos se ha adelantado un grado. Al contrario, mejor requería allí ser maximalista, como después los hechos lo han demostrado, como mejor requiere aquí ser anarquista, y los hechos han de venir a probarlo también luego. Cuando Kerenski, a todos nos parecía que esa era toda la revolución posible en Rusia; muy luego los maximalistas vinieron a probarnos que era todo lo contrario. Y yo no se acusaba a éstos de locura y de conspirar contra el éxito de la revolución, como se nos acusa hoy aquí de desunir a los anarquistas? A nada hicieron caso Lenin y Trotsky y tuvieron razón. A nada hicieron caso nosotros, y tendremos también razón. Es un error creer que para ser revolucionarios hay que aceptar las ideas de la última revolución y abandonar las que marchan más adelante. El triunfo de la segunda etapa está reservado a éstas. Y ellas son las que dictan a los hombres los hechos más revolucionarios, por estar más en desacuerdo con el presente precisamente. ¿Qué iremos a buscar comparaciones más lejos; no te

negamos aquí el ejemplo de los anarquistas? Si el índice total de sus ideas es más revolucionario, no cabe esperar de ellos los hechos menos revolucionarios, tampoco. En los pocos que han podido suceder, hemos visto tener la punta siempre a los anarquistas. No sólo para pensar y para hablar, sino para no seguir nunca a los "camaleones" tampoco. ¿Y esto, entonces? Esto quiere decir que están más próximos a la revolución que los otros demás. Y la propia policía lo sabe así.

Reconocemos nuestro engaño con los maximalistas. No es el suyo un régimen provisorio; es un régimen definitivo, y como tal régimen definitivo, debe estar abierto a la crítica de todos los anarquistas, para no dejar caer en el al pueblo a ser viable. Con su constitución, sus diez y ocho ministros, su legislación — en otra parte damos de ésta un botón, — y su sistema electoral complicado, es un régimen definitivo que sólo por otra revolución puede ser cambiado; que no se cambiará votando el pueblo ruso representantes al soviét, como no se cambia aquí enviando representantes al parlamento. Es preciso tener el valor de mirarlo. Y en cuanto a dictadura proletaria, nosotros hemos de aceptarla, sí, durante la revolución, para impedir que los burgueses se opogan a ser expropiados de sus cosas; pero no para crear un nuevo gobierno que nos imponga su sistema. Soviets legisladores son los que que no queremos nunca, los que, como anarquistas, tratamos de tumbar apenas de nosotros su intención de gobernar y legislar. Libres deben ser al fin los hombres de darse los sistemas que quieren, sin nada que los gobierne y sin pretender ellos gobernar a nadie. Alcanzarás entonces la Anarquía, y el libre Comunismo ha de ser posible.

No puede la espontaneidad dar sus hermosos frutos en una sociedad donde el falso honor ha muerto los impulsos más fuertes, los más santos, porque de ellos dimana la vida; donde hasta la condición de madre, ¿por qué no decirlo? se obtiene por la regla del cálculo. Estado horroroso del que, sin justificar la resignación de la mujer, el hombre es el primer responsable.

Teresa Claramunt

### Nuestro artículo de 1º. de Mayo

En afirmación del Compulsismo Anarquista

¿Cuándo empezó la lucha? Hace mucho que empezó la lucha. Los anarquistas no somos nuevos en la pelea. No somos recién venidos, cuyo escudo permanezca en blanco, sin ensayar todavía. Antes aún de que nadie se hubiera movido, ya estaban los anarquistas con sus acciones. Y con su bello pensamiento, todo humano, también. Su Ciudad Nueva, ciudad de fraternidad, Ciudad del Sol, antes que ellos había sido soñada por dos hombres: Tomás Moro, que subió al patibulo por su utopía, y el fraile Campanella, que encerrado muchos años en la cárcel, puesto todo su amor en los hombres, desde este oscuro rincón, lo concibió como la vida misma que debía desarrollarse bellamente al sol, cantada por pájaros, besada por flores. ¿Ignoraremos toda la literatura anárquica, esa fuente en que directamente hemos bebido todos?

Por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

Decíamos, pues: por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas. Se les acusaba — y se les acusa todavía — de provocadores y de gozar con la matanza. Todos los demás se acomodaban, no atreviéndose a definirse. ¡Lo hemos visto tantas veces! y lo veremos tantas todavía! Se estremecían con la acción de los anarquistas, y o bien ca-

llaban, o adulaban al tirano por el temor de las represiones... ¿Y qué querían los anarquistas? ¿Querían algo menos que los socialistas, sindicalistas o maximalistas? A los anarquistas érales intolerable la mentira y la tiranía, toda clase de engaño o de violencia hecha a los hombres, y más que todo érales intolerable la no humana, también. Su Ciudad Nueva, ciudad de fraternidad, Ciudad del Sol, antes que ellos había sido soñada por dos hombres: Tomás Moro, que subió al patibulo por su utopía, y el fraile Campanella, que encerrado muchos años en la cárcel, puesto todo su amor en los hombres, desde este oscuro rincón, lo concibió como la vida misma que debía desarrollarse bellamente al sol, cantada por pájaros, besada por flores. ¿Ignoraremos toda la literatura anárquica, esa fuente en que directamente hemos bebido todos?

Por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

Decíamos, pues: por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

llaban, o adulaban al tirano por el temor de las represiones... ¿Y qué querían los anarquistas? ¿Querían algo menos que los socialistas, sindicalistas o maximalistas? A los anarquistas érales intolerable la mentira y la tiranía, toda clase de engaño o de violencia hecha a los hombres, y más que todo érales intolerable la no humana, también. Su Ciudad Nueva, ciudad de fraternidad, Ciudad del Sol, antes que ellos había sido soñada por dos hombres: Tomás Moro, que subió al patibulo por su utopía, y el fraile Campanella, que encerrado muchos años en la cárcel, puesto todo su amor en los hombres, desde este oscuro rincón, lo concibió como la vida misma que debía desarrollarse bellamente al sol, cantada por pájaros, besada por flores. ¿Ignoraremos toda la literatura anárquica, esa fuente en que directamente hemos bebido todos?

Por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

Decíamos, pues: por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

Decíamos, pues: por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

Decíamos, pues: por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

Decíamos, pues: por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

Decíamos, pues: por mucho tiempo no hubo más acciones que las de los anarquistas; no hubo trabajo más fecundo tampoco. ¿Os acordáis de Kropotkine y de Reclus? La Anarquía hacia cantar a los poetas y llenaba de idealidad la ciencia. Era un segundo renacimiento del hombre. Aún hoy, el anarquista es una cátedra viviente para el pueblo. Todo sabéis que esta es la verdad; y que ya no es posible restaurar ninguna de las estupideces destruidas con tan hermoso afán por los anarquistas, sin que éstos regresen para pelearlas y echarlas de nuevo de la mente del pueblo. El mayor terror de todos los que no son lealmente definitivos, de los que procuran algún interés en el camino, son los anarquistas. Por eso ha pretendido restringirse su libertad, huir de su réplica y su discusión. La conservación ha indicado a todos no aceptar controversias con los anarquistas. Es el más bello triunfo para los anarquistas. La fuerza de su idea no puede ser resistida. Siendo una minoría, con la idea anárquica se imponen y así, en todas las ocasiones, transforman rápidamente, como con una varita mágica, la voluntad de la mayoría. Lo saben todos: aun las multitudes más estúpidas no pueden ser conservadas contra la voluntad y las ideas de un anarquista; todos tienen que largar, si éste interviene. Lo vemos todos los días. Entonces, formamos — la minoría que tiene mayor influencia en el rápido despertar del pueblo. Y todo nos indica que no nos desprendamos de nuestra fuerza, que reside en las ideas que tenemos, y las razones que únicamente nosotros podemos dar. Libertarnos, rompemos la liga con que éste o el otro cazador de incautos pretenden imponerse a los hombres: he ahí lo que nos da la mayoría para las cosas altas y libres, siempre...

uerto a que os han condenado a vosotros también vosotros obreros.

¡Pedían pan! Se les ha respondido con plomo, diciéndonos sin duda que no había mejor medio de responder a sus reclamaciones. Durante años y años habéis soportado pacientemente todas las humillaciones, padecido todas las privaciones, sufrido desde la mañana a la noche, sacrificado a vuestros hijos; habéis soportado todo esto para llenar las calles de vuestros amos. Todo era para ellos. Y ahora que les pedís un poco de alivio en el pesado fardo que os obligan a cargar, lanzan sobre vosotros las jaurías policiales y os envían balas para naceros caltar.

¡Esclavos! Por todo lo que tengáis de sagrado y de querido, os conjuramos a vengar el odioso crimen de que han sido víctimas vuestros hermanos, y que mañana ha de repetirse sobre vosotros!

Pues bien: los socialistas hicieron del 1º.º de Mayo fiesta. Nada había sucedido para ellos, como nada sucedió para ellos de una vez el gesto anarquista, sino toros, dos los socialistas, se asustaron de lo que querían los anarquistas. Hoy se asustan también los maximalistas. Y resolvieron abandonar a los anarquistas, por suicidas todo lo posible por apartar a los anarquistas de sus ideas también... Si querían hoy asustándose mucho, y abogan por una cosa menor. ¡Oh, menor!... Los que fueran hombres debieran reñazar siempre con un golpe en el pecho a los que les vinieran con una cosa menor!

Les abandonaron, pues, por suicidas, y porque lo que pretendían los anarquistas les parecía demasiado grande. Y esto sucedió el día mismo que se produjo la primer masacre o tuvo lugar la primer represión del gobierno. Desde entonces los abandonaron siempre, en todos los lugares y todas las ocasiones. Y acogiéndose a una cosa menor, negaron su identidad con los anarquistas y aún aseataeron a éstos con los más infames dardos, mientras ellos se prestaban a seguir la marcha cómoda y tranquila de una revolución moderada, que se confunde con la evolución. Esto se ve en el mismo diario maximalista. Y así, desde Chicago: ¿quienes eran los que caían, los que quedaban presos en las redes del gobierno, aquellos cuya sangre era vertida, los que hoy mismo llenan aquí distintas cárceles? Pues ¡eran los anarquistas o las multitudes erguidas por los anarquistas! En ellos está el largo calvario revolucionario del pueblo. Han seguido de abajo una misma ruta. Marca ello la realidad de un empeño revolucionario. Y vivas, presentes en la carne, impresos en el cerebro, conservadas en el corazón, guardadas los anarquistas sus estaciones. Decid: ¿cómo no tienen los anarquistas su página revolucionaria bien nutrida? Advertid: sus últimas líneas tienen la tinta fresca todavía. ¡Y vosotros no decís que son revolucionarios los socialistas y los sindicalistas, que nos abandonaron y que nos abandonarían siempre!...

¿En qué quedamos? Cogió el verdugo las cuatro quedas, las pasó por los cuillos, cedieron las trampas, y quedaron los cuatro ahorcados en el espacio, como cuatro grandes badajos tocando a sonar; ¡el sonar de las represalias.

Antes de morir, dijo: «¡Sudal tiempo en los que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces ahogadas por la muerte!»

Engel gritó: «¡Hurra la Anarquía!» Finché: «¡Viva la Anarquía!» La última frase del testamento de Lingg era: «¡Viva la Anarquía!»

Pues bien: ¡doble fiesta, fiesta con zapateado, para los socialistas!...

Aquel clamor de venganza, únicamente fue escuchado por los anarquistas. Parejamente siguen éstos con el pueblo. ¡Unidos con todo el que lucha, con todo el que cae y todo el que pelea! Por eso los anarquistas sabemos de sus sudores de agonía, de sus angustias — esto nos clava una astilla en la garganta —, mientras placidamente y en el mejor de los mundos posibles, el socialista recuenta sus éxitos electorales y nos habla de sus discursos en el Congreso; y el maximalista — nuestro flamante maximalista —, nos espeta sus documentos ministeriales, sus discursos de los comisarios del pueblo; nos habla de su diplomacia y su política... y olvida que está caliente la sangre de las víctimas, y sobre los revolucionarios ha caído la cortina de plomo de las cárceles!

¡Compañeros: rearmémosnos anarquistas. Veamos que nuestros mártires han caído por toda la idea, por toda la Anarquía. Recordad las palabras de Radowski: "Mi corazón late, mi alma violentamente quiere ir dónde sufre el pueblo trabajador, ponerme de algún modo en contacto con él y de entre estas cuatro

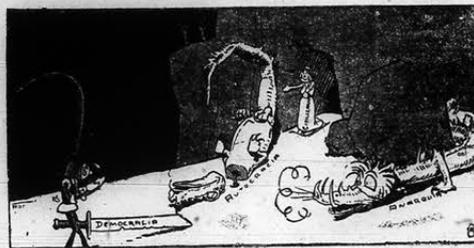
paredes que me encierran, gritar: ¡No duerman! ¡La lucha recién empieza! ¡Adelante! ¡Por el Comunismo Anárquico! ¡Adelante!"

Todo conmovido quisiera con ahínco volver a la lucha, y sufrí al acordarme que no puedo. Desde las rejas de la cárcel me dirijo a vosotros, hermanos obreros, con más mis grandes esperanzas por el triunfo del Comunismo Anárquico. Que las víctimas caídas por el ideal anárquico, sean muy reproche a los que han dejado la lucha por un momento."

Esto decimos. ¡Qué lejos estamos de las piezas parlamentarias que reproduce el órgano socialista, y de la política y toda la diplomacia de Lenin y Trotsky! Aquí estamos en el corazón de la revolución, en el verdadero corazón de ella. En Rusia, antes que nadie, han luchado igual que aquí los anarquistas. ¿Qué nos venís que hagamos nuestra revolución por el maximalismo?

Si hemos de ser revolucionarios como los socialistas y como los sindicalistas: ¡oh, cuántas de nuestras queridas cosas tendremos que echar afuera; cuán definitivamente habremos de responder a todas las cosas, midiendo por las dos respuestas del movimiento de Enero, de ayer y de siempre! ¿En qué quedamos? ¿De cuáles queréis que seamos?...

COMO SE HACEN VER LAS COSAS A UN GUARDIA BLANCA



El príncipe Democracia mató al dragón de la Autocracia, que tenía secuestrada a la princesa Civilización. El dragón Anarquía vencerá al príncipe o será, a su vez, vencido?

### La agitación de los inquilinos

La "casa vieja" — La Federación de Inquilinos, propiciada por la F. O. R. A. — Un cuchitril se hace valer por un palacio — ¡Sabotear el derecho del propietario!

"La casa vieja" es el célebre cuento de Domela Nieuwenhuis, que se reproduce siempre. Es un caserón habitado por cien familias de obreros, que está todo destallado, cuyos servicios se vierten al suelo y que el patrón se niega a arreglar, aumentando, por el contrario, el alquiler. ¿Qué se hace entonces? Los inquilinos se reúnen en el patio, y cuando van a disponerse a enviar el propietario a paseo y no pagar más el alquiler, surge uno de ellos que por casualidad es procurador, conoce las leyes y sabe rozarse con los amos, el cual se ofrece a ser enviado como representante ante el patrón, para gestionar permanentemente todo lo deseado y mucho más que él vea o vaya concibiendo, al especializarse en

el estudio de las necesidades de las cien familias, con lo cual éstas estarán mejor que en la gloria en la "casa vieja".

El propietario, que ve que no podrá entenderse y peligra el alquiler si las cien familias salen al patio y allí pretenden resolver ellas la cuestión, acepta el representante, le nombra diputado de los inquilinos, le asigna un sueldo magnífico, reconócele inmunidades, decóralo con una medalla, y la "casa vieja" queda como estaba, con uno de sus inquilinos que ha trocado su situación, el cual viene a ser casi un dios para los otros.

Se elevó sólo a éste; los servicios siguen viniéndose al suelo, los cuartos están destallados, el alquiler continúa aumentando para pagar al nuevo diputado y se cobra compulsivamente si es preciso, dando a esto su asentimiento el representante de los inquilinos; todo corre en este tren y la liberación es imposible!

¡Hombres! ¡Inquilinos de Buenos Aires! ¡Estáis ahora para reunirnos en las

calles o en los patios y resistir a los alquileres. Un gran movimiento nuestro contra los propietarios... Pues, tendé o; no desperdiciéis la lección de la "casa vieja". Ya surge de entre vosotros el procurador o los procuradores. Elevareis sólo a ellos y la "casa vieja" quedará como estaba, es decir: los alquileres... Huid lo que os proponen: una sociedad legalitaria y con personería jurídica para representar a los inquilinos ante los patrones. Esto habrá matado el principio de nuestro movimiento.

Si queréis ver cómo no es defraudado, cómo se defiende realmente, acudid a la Federación de Inquilinos propiciada por la F. O. R. A., con secretaria en Junin 1075; allí se os dirá que no hay que pagar el alquiler, que es por este medio que haréis entrar en razón a los propietarios. Y ¡qué caramba! ¿Lo habéis pensado bien? El derecho al albergue debía ser reconocido a todos los hombres. No se debía pagar alquiler. Ni poco ni mucho; ¡nada! El fondo del movimiento debe ser para esto. Es un horror que si habitáis no más un cuchitril, el propietario le parezca que le ocupáis un palacio y os exija esto y lo otro: plata y fianza y la mar. ¿Dónde se ha visto tratar a los hermanos así? Pues, mirad: es una cosa tan mala, tan absurda la propiedad, que la humanidad empieza a sabotear el derecho de los propietarios.

Sabotearlo es romperlo, quebrantarlo. Un día, quizá muy pronto, nos daremos cuenta totalmente y lo suprimiremos. ¿Qué tal os sabe esto, inquilinos? ¿No sois las cuatro quintas partes de los que habitáis en Buenos Aires, inquilinos; y una quinta parte o menos, dueña sin entrañas de todas las casas de la ciudad? ¿Os parece que está bien repartido: a vosotros pagar el alquiler, sacaros el sombrero, y a ellos sólo cobrar y hacer valer un cuarto de tablas por un palacio? ¿Es eso lo que corresponde?

### Dolor

Hablo del pueblo que sufre lo mismo que sufro yo... ¡dolor que fermenta en odios, no siempre ha de ser dolor!...

Hay una sola verdad, que es la del dolor. Y conste que no la aprendi en los libros, me la enseñaron los pobres...

Canto el dolor de los otros para que lo sientan más... ¡el dolor está gestando la Revolución Social!...

Federico A. Gutiérrez.

### LA OBRA

Aparece los viernes. El próximo núm., el viernes 9 de Mayo. TERRERO 471 . BS. AIRES

Coopere en todas las formas, camarada, para la instalación de sus máquinas y su salida bimensual.

Valores y giros a A. NEVELS-TEIN, en vez de L. NIKOL. Tomar nota de este cambio para facilitar la cobranza. Es la misma persona.



Comite pro-máquinas

Ideas y trabajos. — Cuentas y cálculos por los dedos — Resoluciones — Este número y los siguientes — Local, máquinas, etc. — Seriedad y cumplimiento.

Este Comité se formó por simple sugerencia de los camaradas a quienes era simpática la iniciativa de dotar de máquinas a LA OBRA. Existen dos maneras de formar estos Comités, y una es marxista y la otra anarquista. La primera es constituir cuatro o cinco tipos que se designan ellos mismos, una especie de estado mayor o de Comité Ejecutivo, como el partido Socialista, el cual pretende ejercer el control de las ideas y tiene en vista una disciplina que arrebatara la iniciativa y la libertad a los partidarios. El sabe lo que hace, debe ser irrefutable, y los otros no tienen más que hacer que apoyar...

se resiente quizá un poco de inexactitud referente al anarquismo; pero es bien intencionado. El autor juega un poco como burlesco o como Diego Abad de Santillán, los pretendidos comités revolucionarios — con antífaz y todo —, pero esto le ha sido pasado en beneficio de otras partes del drama, todo el cual fué seguido con enorme interés, aunque al apatamiento en todos los lugares del salón, a gran parte no le permitía ni oír ni ver. El cuadro cosechóse un merecido triunfo, que vale doble por las dificultades del escenario y por subir hasta allí el público materialmente. Al finalizar, casi a la una, habló Pacheco, Luogo, a la salida, quiso detenerse la policía, pero varios compañeros le cubrieron la retirada y pudo escapar.

OTRA VELADA PARA EL 18 DE MAYO EN SAN FERNANDO Y UNA RIFA.

Concordes con los propósitos de este Comité, los camaradas de San Fernando han organizado una gran velada para el 18 del corriente Mayo, a la noche, en el salón de la Sociedad Italiana, en la cual pondráse en escena bien estudiada y con todos los requisitos y aptitudes que distinguen a los camaradas del cuadro dramático de esta localidad, «La Inundación» de Pacheco. Al mismo tiempo han puesto en circulación una rifa Pro-Máquinas de LA OBRA, de la cual informaremos más detalladamente de todo. Consta la rifa que organiza la agrupación El Amigo del Pueblo, de los siguientes premios: 1.º «La gran revolución», por Pedro Kropotkin. 2.º Un sillón de mimbre. 3.º Un lote de seis libros. 4.º Suscripción de un año a LA OBRA.

El sorteo se efectuará el 18 de Mayo, en la velada. Los premios se entregarán en el acto del sorteo o en Ayacucho 1454, San Fernando. El precio del número es de 20 centavos. Los camaradas que quieran números, en esta administración tenemos en venta. Dado el ambiente que hay por LA OBRA en San Fernando, Victoria y Tigre, será otro triunfo como en la Suiza.

ALMANAQUES LIBERTARIOS

Los camaradas de San Juan han remitido a este Comité una cantidad de almanques para el corriente año 1919, que ellos han editado, el cual forma un buen libro que contiene almanaque literario anarquista, y cuyo título es: «Almanaque Germens». Una parte la han donado totalmente, y la restante la dan a un precio bajo a este Comité para que los realice a beneficio de las máquinas.

El precio de venta puesto por ellos era de 0.30 centavos; pero el Comité ha resuelto darle a 30 centavos a los que lo vengán a por certificado. Su cantidad es reducida, de manera que ha de pedirse rápido quien no quiera quedarse sin él.

PROPOSTAS RECHAZADAS

Compañeros pertenecientes a algunos grupos, tanto de la capital como del interior, propusieron a este Comité gestionar algunas cantidades de los premios. No ha sido aceptado, preferiéndose el sistema de contribuir individualmente quienes están de acuerdo con la iniciativa.

LAS LISTAS

Pultan aún que devolver la mayor parte de las listas. Los compañeros a cuyo cargo han sido confiadas, harán bien en apresurar su remisión, pues esto apresurará también la adquisición de las máquinas.

Así mismo, si hay otros camaradas que quieren hacerse cargo de listas, pueden pedir que la cosa va sería y no se les hará hacer una «plancha».

LAS CUENTAS

Balance de la velada en la Suiza

Table with 2 columns: ENTRADAS, SALIDAS. Total balance of 1010.75.

Table with 2 columns: SALIDAS, Total balance of 239.60.

RESUMEN

Table with 2 columns: Entradas, Salidas. Beneficio neto of 771.15.

Nota. — Paltan varias entradas; que aún no han sido pagadas. Los compañeros a quienes se han dado se apresurarán a cobrarlas y abonarlas.

El balance general hasta el 20 de Abril

Table with 2 columns: ENTRADAS, Beneficio velada. Total of 3249.35.

Total de entradas

8.85

SALIDA

Table with 2 columns: Estampillas, Sello, Estampillas en cartas, libro indice, Estampillas, Sobres, Circulares, volantes de LA OBRA, Depositado para porte pago, Gastos varios, Préstamo a la Administración, cuenta de los 25.000 ejemplares.

RESUMEN

Table with 2 columns: Total entradas, Total salidas. Balance of 1.248.25.

Depositado en el Banco Nación. \$ 1.772.35. Tesorero, A. Nevelstein, R. F. Gil. (L. Nikels).

Revisadores de cuentas: E. Pollini, F. Grass.

RESOLUCIONES

- 4.65 Esperar a reunir más y no sacar LA OBRA... 10.50 teniendo dinero, equivale a perder el tiempo... 11.50 Es cuestión de seriedad que LA OBRA salga el 18 de Mayo, como se ha anunciado... 11. — Esto se resuelve. El primer número — en 6.20 — de 18 páginas y en la forma que ya hecho, cuesta en la imprenta solamente, los 25.000 ejemplares mil doscientos cincuenta pesos. Falta lo demás, los grabados, el frasco, etc., algo que se ha de quebrantar, pues no se han de vender todos los números sujetos, y así resulta que el ejemplar sale a 2. — centavos, una cosa con la otra. A los vendedores hay que darlo a 6, y a este mismo precio a los paqueteros. Se pierde 1 centavo, y es dinero del Comité, dinero para las máquinas.

NUESTRA VELADA DEL 13 EN LA SUIZA

Un gran éxito atribuyese este Comité, más aún en el orden moral que en el material, con la velada organizada para el pasado 13 de Abril en la Casa Suiza. Sólo en los más grandes días, pudo verse un público parecido, tan numeroso y tan entusiasta. Pequeña como una cajita de fósforos, resultó la Casa Suiza. El balance que publicamos más abajo, da la medida del resultado material. De ser en un teatro en otro salón más grande, este resultado aún hubiera sido muy aumentado. El cuadro «El Sol» puso en escena con toda propiedad «El Sol de la Humanidad». Este es un drama que